

11 Secuestros en un

...a informó que durante el 19 de febrero
...ce personas fueron secuestradas. Tres,
...manos de elementos integrantes de
...en tanto que parientes de otras pers
...pagaron la suma de $ 615.000.

El IN

...El informe suministrado por la Policía sobre los
...dos y los rescates exigidos y pagados, como los
...cidio se han perpetrado y los sindicados, es el si

...cuestrado	Lugar	Sindicado	Rescate
...as E. Botero	Cartago	Desconocidos	$ 20.000
...Rubio	Icononzo	Desconocidos	Muerta
...Pérez	Neiva	"Tiro Fijo"	$ 200.000
...Giraldo	Neiva	"Tiro Fijo"	(Con el anterior)
...D. Valbuena	Líbano	"Desquite"	Muerto
...Miranda Piedras		"Tremendo"	Exigen $ 50
...Gonzalez	Risaralda	"Cantinero"	Muerto
...Orrego	Risaralda	"Cantinero"	Muerto
...Yepes C.	Líbano	"Tarzán"	$ 25.000
...Roncesvalles		Desconocidos	Exigen $ 20

DIEZ DÍAS DE PRENSA

La "Operación Tula"

...gento retirado del Ejército, Aure...
...Gallón, relata lo que pasó des...
...que pudiera llamarse la "Op...

...paneros se convirtie...
...entes. Cuando se pr...
...de la inspección d...
...que estaba bien oculto...
...era indispensable ro...
...mos y evitar cualq...
...a permitir que se...
...con nosotros. Era ...
...un niño escondido per...

Compartimiento

...dos colombianos que regresa...
...un compartimiento grande. A...
...vieron las maletas, el equipo nues...
...se, que cada quien traía. Gene...
...ciones eran de 9 a 10 de...
...Yo llevaba al niño a ese sitio y...
...Los marinos se presentaban...
...todos los lados y se retiraban...
...que yo creía que lo habían de...
...lo único que nos quedaba es...
...no podíamos estar...

La Cabeza por ...

...de durante los 2...

...ces cuando el calor apretaba, resolvimos ha...
...cer de "ventiladores humanos". Para eso ro...
...deábamos la "tula" y con nuestras gorras em...
...pezábamos a moverlas de un lado para otro.
...Young sudaba a mares pero sonreía cuando lo
...abaniqueábamos.

"Todos lo Sabíamos"

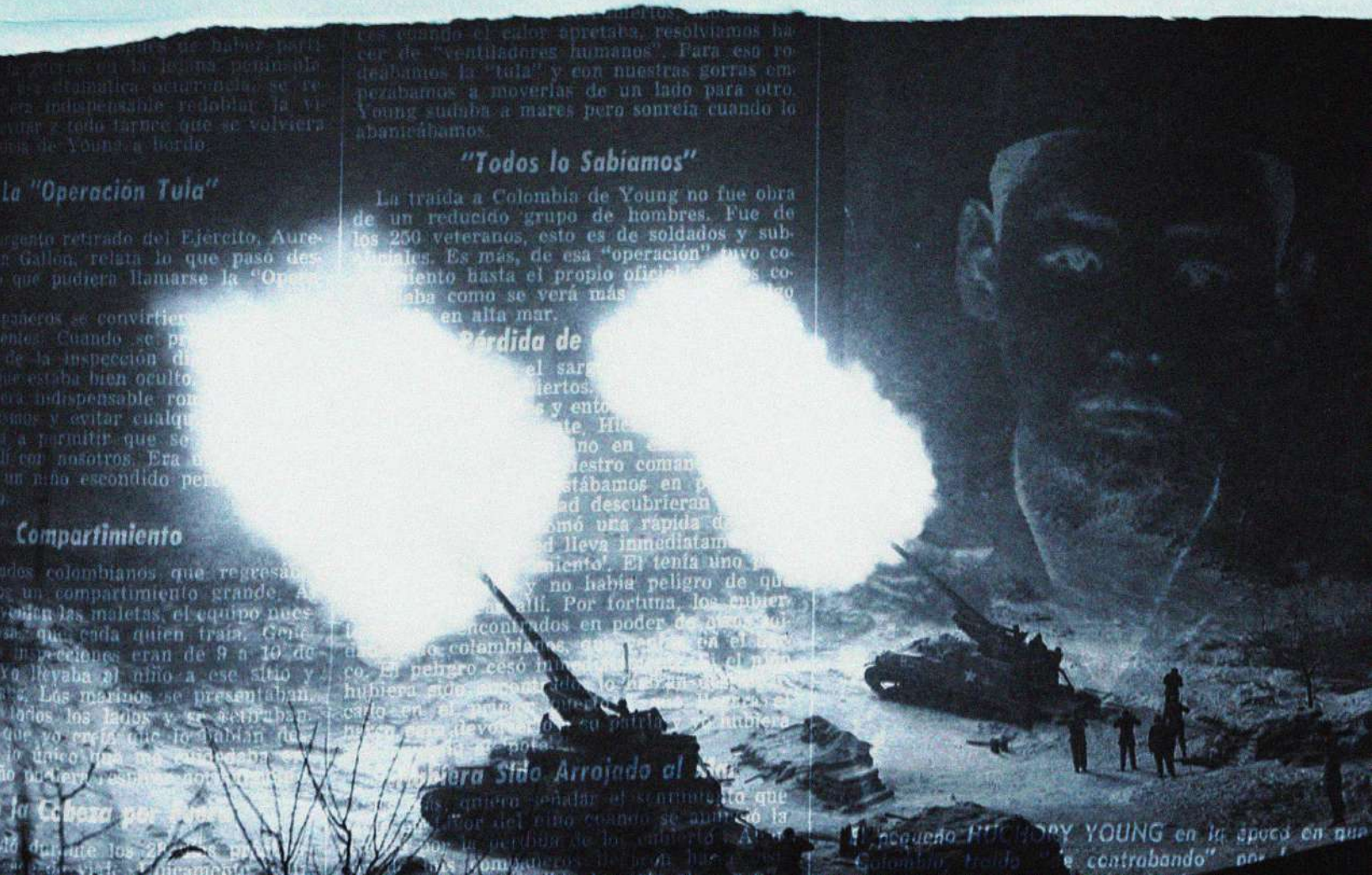
La traída a Colombia de Young no fue obra de un reducido grupo de hombres. Fue de los 250 veteranos, esto es de soldados y subalternos. Es más, de esa "operación" tuvo conocimiento hasta el propio oficial ...s co...
...aba como se verá más ...
...en alta mar.

Pérdida de ...

...el sarg...
...iertos.
...y ento...
...te. Hi...
...no en ...
...uestro coman...
...stábamos en p...
...ad descubrieran...
...mó una rápida d...
...d lleva inmediatam...
...miento'. El tenía uno ...
...y no había peligro de qu...
...allí. Por fortuna, los cubier...
...ncontrados en poder de ...
...colombianos, ...
...co. El peligro cesó ...
...hubiera sido ...
...caso en el ...
...pero ...
...hubiera ...
...patota.

...biera Sido Arrojado al ...

...quiero señalar el sentimiento que ...
...por el cual como se mantuvo la ...
...la perduración de la cubierta. A ...
...nuestros compañeros ...



...HUGHEY YOUNG en la época en que ...
...contrabando" ...

Diez días de prensa: Representaciones del conflicto coreano en Medellín, 1950[1]

Alejandro Villegas Fajardo[2]

Resumen

Este artículo analiza las representaciones discursivas de la guerra de Corea en la prensa medellinense durante los primeros diez días del conflicto, entre el 25 de junio y el 4 de julio de 1950. Desde un enfoque de historia regional y análisis del discurso, se contrastan las narrativas de los periódicos *La Defensa,* de orientación conservadora, y *El Diario,* de filiación liberal, con el apoyo de *El Obrero Católico y El Tiempo*. La investigación busca comprender cómo estos medios construyeron e interpretaron el conflicto internacional en un contexto nacional marcado por la violencia bipartidista y la polarización ideológica de la Guerra Fría. A partir del estudio de las estrategias discursivas, los recursos retóricos y las formas de legitimación presentes en la prensa, se examinan las coincidencias y divergencias entre las representaciones liberales y conservadoras, así como la relación entre las narrativas internacionales y las tensiones políticas locales.

Palabras clave: Guerra de Corea; prensa medellinense; análisis del discurso; Guerra Fría; violencia bipartidista.

Abstract

This article examines the discursive representations of the Korean War in the Medellín press during the first ten days of the conflict, from June 25 to July 4, 1950. Drawing on a regional history approach and discourse analysis, it compares the narratives of two newspapers: the conservative *La Defensa* and the liberal *El Diario*, supplemented by *El Obrero Catolico* and *El Tiempo*. The study seeks to understand how these newspapers constructed and interpreted the international conflict within a national context marked by bipartisan violence and the ideological polarization of the Cold War. Through an examination of discursive strategies, rhetorical devices, and forms of legitimation employed by the press, the article explores the convergences and divergences between liberal and conservative representations, as well as the relationship between international narratives and local political tensions.

Keywords: Korean War; Medellín press; discourse analysis; Cold War; bipartisan violence.

[1]La presente investigación corresponde al trabajo final de la asignatura Historia Regional del pregrado en Historia de la Universidad Pontificia Bolivariana, realizado durante el semestre 2025-2.

[2]Estudiante de séptimo semestre del pregrado en Historia y de tercer semestre del pregrado en Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB).

Introducción

Entre 1950 y 1953, la península de Corea fue escenario de una guerra civil que, en el marco de la Guerra Fría, involucró no solo a norcoreanos y surcoreanos, sino también a las grandes potencias de la época y a sus aliados, Estados Unidos y la Unión Soviética[3]. Estas naciones se enfrentaron en una contienda ideológica y estratégica, encubierta en conflictos "satélites", con el propósito de demostrar la supremacía de sus respectivos sistemas económicos en la posguerra. Por ello, para comprender el conflicto en su totalidad, resulta necesario examinarlo tanto desde su dimensión material como desde la ideológica[4].

Pero ¿qué relación existe entre dos naciones tan aparentemente distantes como Corea del Sur y Colombia? La respuesta suele ser conocida: Colombia fue la única nación de Latinoamérica que atendió el llamado de las Naciones Unidas, enviando tropas al conflicto en la península coreana. Estas tuvieron una participación destacada, lo que sentó las bases del sólido vínculo diplomático que une a ambos países hasta hoy. Sin embargo, esta narrativa, aunque predominante en el imaginario histórico, resulta lineal, homogeneizante y, sobre todo, producto de una construcción patriótica promovida por los gobiernos de Mariano Ospina (1950), Laureano Gómez (1950-1953) y Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) en medio de la violencia bipartidista que golpeaba al país[5]. Así se configura un panorama discursivo, tanto nacional como internacional, marcado por la bipolaridad: conservadores y liberales; capitalismo y comunismo. En este contexto, la prensa se erige como herramienta crucial en la producción de consensos de verdad entre la población, convirtiéndose en una fuente clave para comprender la construcción del conocimiento en el pasado.

Reinventar un héroe de Sebastián Quiroga[6], *La guerra en los medios* compilado por Fabio Andrés Ribero y Álvaro Velandia[7], "La guerra de Corea en la prensa colombiana" por Diego Rojas y Manuela Saldarriaga[8], "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo" de Eduardo Sáenz[9], "Colombia en la Guerra Fría" de Liliana Obregón[10], *Los nombres de la patria en la guerra de Corea* de Bárbara Skladowska[11],

[3]Además de la crisis diplomática internacional de Berlín entre 1948 y 1949, producida por el cierre de fronteras de la República Democrática Alemana (ordenado por la URSS), la guerra de Corea fue el primer enfrentamiento militar de la Guerra Fría.

[4]Vanni Pettinà, Historia mínima de *la Guerra Fría en América Latina* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2018), 134–135.

[5]Bárbara Skladowska, *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 1951–1953: Ocaso de un mito (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007), 5–8.

[6]Sebastián Quiroga Cubides, *Reinventar un héroe: Narrativas sobre los soldados rasos en la guerra de Corea* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2015).

[7]Fabio Andrés Ribero, Álvaro Velandia, Juan Fernando Rodríguez, Valentina Fonseca, Valeria Valero, María Rodríguez y Manuela Ribero, *La guerra en los medios: Reconstrucción de la memoria histórica de los veteranos colombianos que participaron en la guerra de Corea* (Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2023).

[8]Diego Nicolás Rojas Gómez y Manuela Zaldarriaga Zambrano, "La guerra de Corea en la prensa colombiana: Diario El Tiempo", en *La península de Corea y sus dinámicas en la seguridad internacional,* editado por Brandon René Barrientos y Jorge Espinel Bermúdez (Bogotá: Editorial ESDEG, 2023).

[9]Eduardo Sáenz Rovner, "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, no. 28 (2001).

[10]Liliana Obregón, "Colombia en la Guerra Fría: entre movimientos antiimperialistas y Estados anticomunistas", en *Nuevos enfoques para el estudio de las relaciones internacionales de Colombia*, editado por Sebastián Bitar y Arlene Tickner (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2017).

[11]Skladowska, *Los nombres de la patria en la guerra de Corea*, 1951-1953: ocaso de un mito.

"Las fuerzas voluntarias chinas, dicen a las tropas colombianas: bienvenidas al frente de batalla" de Saúl Mauricio Rodríguez[12] y "Colombia en la guerra de Corea: en el entramado de tres guerras" de Gina León[13] son algunos de los estudios existentes alrededor de la guerra de Corea en Colombia que fueron consultados para la presente investigación.

En cuanto al primero, las investigaciones suelen concentrarse en tres líneas principales: el papel de Colombia en el polarizado escenario político internacional; la memoria y reivindicación de los combatientes; y la construcción discursiva del héroe nacional. A su vez, estas indagaciones recurren a la prensa como fuente primaria, mas no la abordan como objeto de estudio en sí misma (con la excepción del compilado de Ribero y Velandia, y el trabajo de Rojas y Saldarriaga). Finalmente, todos estos estudios se ubican o remiten de manera directa a Bogotá, lo que se refleja tanto en su forma de aproximación como en la selección de fuentes, siendo los periódicos capitalinos *El Tiempo y El Nuevo Siglo los más recurrentes.*

En ellos se identifican ciertos puntos comunes como el enfoque, las fuentes y la espacialidad. En este escenario se enmarca y adquiere relevancia el tema central de la investigación: el reportaje elaborado por la prensa medellinense sobre la guerra de Corea. Este trabajo se interesa, entonces, más por la forma en que se presentó discursivamente el conflicto que por el desarrollo de la guerra misma, aunque es evidente que ambas dimensiones no pueden desligarse por completo; no es posible interpretar un discurso sin comprender las condiciones en las que fue producido.

En esta línea, la presente investigación encuentra similitudes metodológicas con los trabajos de Quiroga y Skladowska, cuyo eje común es el análisis del discurso. Sin embargo, mientras dichos estudios se enfocan en la elaboración discursiva del héroe nacional, este trabajo tiene como objetivo central el de contrastar las construcciones discursivas en torno a la guerra de Corea realizadas por la prensa liberal y conservadora de la época, buscando llenar el ya mencionado vacío historiográfico en la reflexión sobre la opinión pública colombiana durante la guerra. La importancia y novedad de este estudio también reside en la espacialidad seleccionada. La investigación, enmarcada en la línea de la historia regional, centra sus esfuerzos en el estudio de la ciudad de Medellín, capital del "segundo departamento más poblado, el más conservador y posiblemente el más influyente en términos económicos"[14], como sugiere Mary Roldán. Hasta ahora no se han encontrado investigaciones que vinculen el conflicto coreano con el ámbito regional, lo que ha desarticulado las particularidades locales necesarias para una comprensión más amplia del pasado; otro vacío historiográfico al que este trabajo busca responder.

A partir de lo anterior, la presente investigación formula la siguiente pregunta central: ¿Cuáles fueron las narrativas y construcciones discursivas desarrolladas en la prensa medellinense, tanto liberal

[12]Saúl Mauricio Rodríguez Hernández, "¡Las fuerzas voluntarias chinas, dicen a las tropas colombianas: bienvenidas al frente de batalla! Colombia en la guerra de Corea (1950–1953)", ***Revista de Historia de América***, no. 134 (2004).
[13]Gina Catherine León Cabrera, "Colombia en la guerra de Corea (1951–1954): en el entramado de tres guerras", *Colombia Internacional*, no. 113 (enero–marzo 2023): 145–167.
[14]Mary Roldán, *A sangre y fuego: La violencia en Antioquia, Colombia, 1946–1953* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003), 27.

como conservadora, alrededor de la guerra de Corea? Tal cuestión, para ser respondida, debe tener en cuenta otros elementos específicos recogidos en las siguientes preguntas: ¿Cómo se dieron las interacciones entre la prensa liberal y un entorno regional de mayoría conservadora? ¿De qué manera se diferenciaron discursivamente la prensa medellinense de la bogotana? ¿En qué aspectos convergieron y en cuáles se diferenciaron las visiones de los periódicos medellinenses sobre la guerra de Corea? En coherencia con estos interrogantes, los objetivos específicos buscan caracterizar las tensiones surgidas entre el contexto político conservador y el discurso liberal de los medios, comparar la prensa local con la capitalina, y, finalmente, identificar las coincidencias y divergencias en las representaciones del conflicto por parte de la prensa local.

Con esto en mente, y considerando el contexto político del bipartidismo en Colombia, se seleccionaron dos periódicos medellinenses de carácter político que se saben opuestos uno del otro como las muestras principales y bases de la investigación en curso; en ese sentido, *La Defensa* (1919-1959), conservador, y *El Diario* (1930-1971), liberal. Ambos se encuentran ubicados en la Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT. Sumado a estas fuentes primarias, se cuenta con el periódico *El Obrero Católico* (1924-1968), ubicado igualmente en esta sala patrimonial. Este semanario medellinense de orientación conservadora se caracterizaba por su mayor interés en los asuntos de fe y doctrina católica, aunque contaba con una pequeña sección dedicada a las noticias internacionales, la cual será empleada como complemento a las fuentes principales de este estudio.

La Defensa fue fundada el 12 de octubre de 1919 bajo la dirección de Miguel Calle Machado y Fernando Gómez Martínez, exministro de Relaciones Exteriores en la presidencia de Guillermo León Valencia. El periódico se consolidó como uno de los principales órganos de difusión del pensamiento conservador y católico en Medellín, promoviendo "el reinado de la paz en la justicia" y "el afianzamiento de las instituciones cristianas en la sociedad y el gobierno"[15]. Durante las manifestaciones del Bogotazo (9 de abril de 1948), su sede fue incendiada, aunque logró reaparecer cuatro meses después. Para 1950, año que concierne a esta investigación, el periódico experimentó un cambio significativo debido a que Belisario Betancur dejó la dirección y la asumió Luis Eduardo Mejía Jiménez, bajo el cual *La Defensa* atravesó un período de inestabilidad que llevó a su cierre temporal en diciembre de 1951 hasta el 31 de julio de 1952. A pesar de los múltiples cambios en sus directivas y las tensiones de la Violencia bipartidista, el diario logró sostenerse hasta diciembre de 1959, cuando finalmente cerró después de 38 años de labor[16].

Por otro lado, la primera publicación de *El Diario* apareció el 13 de enero de 1930 como el "vespertino liberal". Fue fundado por el médico Emilio Jaramillo Gaviria y el doctor Eduardo Uribe Escobar, con el objetivo inicial de apoyar la campaña presidencial de Enrique Olaya Herrera, candidato que marcaría el retorno del liberalismo al poder después de la hegemonía conservadora. Los fundadores declaraban estar "al margen de odios o fanatismo", pero con "sincero entusiasmo" y "amor ilimitado por la patria colombiana" y por "las instituciones republicanas", configurando una identidad editorial que buscaba conjugar los ideales liberales con un discurso de unidad nacional[17]. Tras la muerte de Jaramillo en 1949, Eduardo Uribe Escobar asumió la

[15]María Cristina Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960: Del chibalete a la rotativa* (Medellín: Editorial EAFIT, 2024), 269.
[16]Arango Tobón, ***Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960***, 274.
[17]Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960, 308*.

dirección y consolidó el periódico como sociedad anónima. Posteriormente, con la compra de todas las acciones por parte de John Gómez Restrepo, la publicación se afianzó definitivamente como empresa editorial[18].

El periódico enfrentó la censura gubernamental en dos ocasiones; fue suspendido durante un día en el gobierno de Mariano Ospina Pérez y ocho días en el de Gustavo Rojas Pinilla. Al igual que *La Defensa, El Diario* experimentó numerosos cambios directivos y de redacción a lo largo de su historia, lo que afectó su estabilidad institucional. A estas dificultades internas se sumó la fuerte competencia de publicaciones como *El Colombiano y El Correo,* así como el fracaso de un intento por transformar su formato de vespertino a meridiano[19]. Ante este conjunto de obstáculos que minaron su viabilidad económica y editorial, Gómez Restrepo decidió liquidar la empresa, publicando su último número el 30 de octubre de 1971[20].

Adicionalmente, de acuerdo con el planteamiento de la investigación, se busca contrastar la mirada regional antioqueña con la perspectiva capitalina, reforzando así el ejercicio metodológico de prensas cruzadas que permite identificar convergencias y divergencias en el tratamiento de los acontecimientos internacionales. En este sentido, resulta necesario revisar *El Tiempo* (1911-actualidad), identificado por *El Diario* como el "vocero autorizado del liberalismo"[21]. Esta prensa bogotana, aparte de tener ese peso determinante dentro del Partido Liberal colombiano, es un medio reconocido por su interés en las noticias internacionales y su amplia cobertura de los acontecimientos mundiales, lo que la vuelve vital para el análisis propuesto. Este periódico se encuentra digitalizado en su totalidad en Google Libros[22]. Se intentó incluir el periódico bogotano *El Nuevo Siglo,* propiedad de Laureano Gómez, el cual podría proveer información valiosa para un contraste más esclarecedor, no obstante, este no se encuentra digitalizado y su documentación física reside en archivos de Bogotá.

La participación material de Colombia en la guerra comenzó el 26 de diciembre de 1950, fecha en que se conformó el Batallón Colombia, nombre asignado a la unidad que representaría al país en el conflicto. El contingente se embarcó el 22 de mayo de 1951 desde el puerto de Buenaventura y arribó a Busan el 16 de julio del mismo año. Entre sus acciones más destacadas se encuentran la batalla de Kumsong (octubre de 1951), Cerro 400 (junio de 1952), Operación Bárbula (10 de marzo de 1953) y Old Baldy (23 de marzo de 1953). Finalmente, el 27 de julio de 1953 se firmó el Acuerdo de Armisticio de Corea, que puso fin a las hostilidades "sin ganadores ni vencidos" y dio inicio a la retirada gradual de las tropas, algunas de las cuales permanecieron hasta octubre de 1954 realizando labores de patrullaje[23]

[18]Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960,* 309
[19]En el ámbito periodístico, el término "vespertino" designa un diario que se publica en horas de la tarde, mientras que "meridiano" se refiere a aquellos periódicos o ediciones asociadas con el mediodía.
[20]Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960,* 310.
[21]Hernando Jaramillo Arbeláez, "Colombia ante la Guerra de Corea," *El Diario* (Medellín), 3 de julio de 1950.
[22]Para más información ingresar al siguiente enlace: https://books.google.com.co/books?id=JlIbAAAAIBAJ&hl=es&source=gbs_all_issues_r&cad=1&atm_aiy=1950#all_issues_anchor
[23]Gina León, "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", 161.

Al revisar la temporalidad de las fuentes ya expuestas, se observa que, con excepción de *La Defensa* entre 1951 y 1952, todos los periódicos consultados publicaron activamente durante este período. El conflicto coreano, al menos en las fuentes recogidas, fue una de las temáticas predilectas de la prensa, ocupando titulares y primeras planas de manera recurrente. Al ser conscientes de la gran cantidad de material disponible y del tiempo para realizar el estudio, se decidió delimitar el trabajo temporalmente, en lugar de estudiar la guerra en su totalidad, se optó por analizar los primeros diez días del conflicto. La temporalidad de la investigación abarcará, por lo tanto, desde el 25 de junio hasta el 4 de julio de 1950. En cuanto a la disponibilidad de las ediciones, *El Tiempo* carece del número del 4 de julio; *El Diario* y *La Defensa* presentan vacíos en los ejemplares del 25 y 29 de junio y del 2 de julio; mientras que *El Obrero Católico,* por su condición de semanario, sólo publicó dos números en este lapso: el 24 de junio y el 1 de julio.

Esto constituye un muestreo de un fenómeno de largo aliento que, con esta delimitación temporal, busca reconstruir a profundidad y con rigor la dimensión de la recepción del conflicto en Medellín, en una sociedad que presenciaba el estallido de una nueva guerra tan solo un lustro después de la catastrófica Segunda Guerra Mundial. Si bien no se podrá realizar una revisión del conflicto a lo largo del tiempo, dejando espacio para otros estudios que aborden esa perspectiva, esta acotación se considera una fortaleza metodológica, pues permite centrarse en el inicio de la guerra, un momento especialmente fértil para la proliferación de construcciones discursivas por parte de la prensa. En ese instante crítico, en el que algunos actores emergen como amenaza y otros como héroes, es posible evidenciar con mayor claridad las distintas estrategias discursivas empleadas por los periódicos para interpretar y dar sentido al conflicto. Este enfoque posibilita, además, un análisis más detallado de cómo se configuraron lingüísticamente las primeras representaciones del enemigo y del aliado, así como de las narrativas iniciales que definieron la comprensión colombiana de este conflicto en el contexto de la Guerra Fría.

Aproximación teórica

En este marco, se abordan los periódicos como un espejo en el que se refleja la sociedad de una determinada época de la historia[24]. Para esta investigación, la prensa no es solo una fuente: es el objeto de estudio en sí mismo. Ante esto, se llevó a cabo una aproximación desde la perspectiva del análisis del discurso, entendiendo la prensa como un recurso para la construcción ideológica, una fuente que, como todas, está bajo sospecha. Sobre esto, Teun van Dijk señala que "el poder se ejerce y se reproduce en el discurso y por medio del mismo. Sin comunicación, sin texto ni conversación, sería casi imposible ejercer y legitimar el poder en una sociedad"[25]. A partir de los planteamientos del lingüista neerlandés, se propone examinar las fuentes desde sus condiciones discursivas; es decir, la estructura, el estilo, los recursos retóricos y las estrategias de legitimación presentes en el discurso, además de sus condiciones contextuales, las creencias compartidas, el rol social de los emisores y receptores y el entorno histórico en el que el discurso se enuncia.

[24]Arango Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960*, 11.
[25]Teun van Dijk, *Discurso y poder* (Barcelona: Gedisa, 2009), 110.

Por otro lado, Michel Foucault, en *El orden del discurso*, expone los mecanismos de exclusión externos al discurso, los cuales se encargan de que este sea simultáneamente "controlado, seleccionado y redistribuido por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad"[26]. En este sentido, los hechos se integran a los relatos a través de procesos de supresión y jerarquización. Esta operación implica que los relatos históricos no solo se construyen dentro del ámbito académico, sino también fuera de él (como en la prensa), reproduciendo y legitimando representaciones que generan una tensión constante entre la realidad, la percepción de los hechos y la manera en que fueron comunicados.

Desde la perspectiva del modelo discurso–cognición–sociedad de van Dijk, se argumenta que quienes controlan el discurso influyen en las representaciones mentales de los individuos, su conocimiento, creencias, ideologías, normas y valores, ejerciendo un poder indirecto sobre sus acciones. Esto resulta fundamental para comprender cómo la prensa colombiana de 1950 no simplemente informaba sobre la guerra de Corea, sino que configuraba activamente las formas en que la sociedad comprendía y se posicionaba frente al conflicto.

La Guerra Fría desde Latinoamérica

Vanni Pettinà, en su obra Historia mínima de l*a Guerra Fría en América Latina,* identifica tres enfoques principales desde los cuales la producción historiográfica ha interpretado el conflicto: *el ortodoxo,* que atribuye su origen a la expansión del estalinismo en Europa del Este, lo que obligó a Washington a implementar una política de contención[27]; *el revisionista,* desarrollado en la década de 1960 y fuertemente influenciado por el clima de protesta contra la intervención estadounidense en Vietnam, sostiene que fue la agresividad de las políticas neoimperialistas de Estados Unidos la que provocó la reacción de Stalin; y *el posrevisionista,* que plantea una visión más equilibrada al considerar el conflicto como resultado de la reconfiguración política y estratégica de ambas superpotencias tras la Segunda Guerra Mundial, destacando además el papel de los actores institucionales estadounidenses en el estallido de la confrontación bipolar.

[26]Michel Foucault, *El orden del discurso* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992), 5.

[27]La diplomacia de contención fue la estrategia central de la política exterior estadounidense durante la Guerra Fría clásica, formulada inicialmente por George F. Kennan (embajador de los Estados Unidos en la URSS) en su famoso "Long Telegram" (1946) y en el artículo "The Sources of Soviet Conduct" (1947). Su objetivo era impedir la expansión del comunismo soviético mediante una combinación de presión política, económica y militar, sin recurrir a una confrontación directa. En el texto del Long Telegram, enviado desde Moscú por Kennan, se afirmaba que la Unión Soviética "no veía la posibilidad de una coexistencia pacífica duradera con el mundo capitalista" y que, por tanto, la respuesta estadounidense debía ser "una contención vigilante de sus tendencias expansivas". En "The Sources of Soviet Conduct", publicado en la revista Foreign Affairs bajo el seudónimo "X", Kennan profundizó en las raíces históricas y filosóficas de la conducta soviética: combinaba una ideología marxista-leninista con una herencia de inseguridad nacional rusa, lo que producía una política exterior de "cautelosa, persistente presión contra la autoridad rival" que solo podía enfrentarse mediante la "aplicación hábil y vigilante de la fuerza contraria" en "una serie de puntos geográficos y políticos que cambian constantemente". Con ello se sentaron las bases teóricas de la estrategia de contención, que luego se materializó en la Doctrina Truman, el Plan Marshall y la OTAN, y que guiaría la política norteamericana frente al bloque soviético durante décadas. Para más información, véase: Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", en Orden mundial (Madrid: Debate, 2016), 325–330.

Solo en años recientes ha emergido una nueva *historiografía sobre la Guerra Fría*, corriente en la que esta investigación busca inscribirse. Este enfoque procura superar las narrativas reduccionistas que identificaban el conflicto exclusivamente como una confrontación entre superpotencias, analizada en su mayoría desde una óptica predominantemente estadounidense. En este nuevo marco analítico, se amplía la clásica dicotomía Oriente-Occidente (encabezada por la URSS y Estados Unidos, respectivamente) para adoptar una mirada centrada en la dinámica Norte-Sur, caracterizada por diversos esfuerzos de articulación entre regiones periféricas. Desde esta perspectiva, el llamado "Tercer Mundo" adquiere centralidad como objeto de estudio, siendo reconocido como actor activo en el desarrollo del conflicto[28].

Así, se interpreta la Guerra Fría como una "yuxtaposición de conflictos y de distintas temporalidades"[29]. Esta perspectiva reconoce la confluencia entre el enfrentamiento bipolar entre Washington y Moscú, iniciado en 1946-1947, y los procesos de transformación política, social y económica que América Latina venía gestando desde la crisis de 1929. A partir de esta lectura, el conflicto aparece como una confrontación entre dos proyectos de modernidad que, aunque existentes desde las primeras décadas del siglo XX, sólo encontraron condiciones materiales favorables para su proyección global tras la Segunda Guerra Mundial. La reconfiguración del orden internacional posterior a 1945, marcada por el declive de las antiguas potencias coloniales y el ascenso simétrico de Estados Unidos y la Unión Soviética, creó el terreno propicio para que ambos modelos pudieran presentarse como opciones viables y competitivas en un mundo en gestación[30]. Así, más que una simple lucha entre superpotencias, el conflicto reveló una pugna por el sentido histórico de la modernidad misma.

La guerra de Corea

La guerra de Corea, como se estableció previamente, hizo parte de los primeros resultados de las tensiones construidas en el marco de la Guerra Fría. Este acontecimiento pertenece a un primer período denominado "Guerra Fría Clásica", caracterizado por la conformación de bloques a través de elementos como la Doctrina Truman (1947), el Plan Marshall (1948-1951) y la OTAN (1949) por parte de Estados Unidos[31], y el Bloqueo de Berlín (1948), la COMECON (1949) y el Pacto de Varsovia (1955) del lado de la URSS[32].

[28]Pettinà, ***Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina***, 25.
[29]Pettinà, ***Historia mínima de la Guerra Fría***, 37.
[30]Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría,* 34
[31]La Doctrina Truman estuvo pensada para Grecia y Turquía, y consistía en el apoyo económico y militar a cualquier nación que estuviera luchando contra intentos de subversión comunista. La intervención se sustentaba en la tesis de que "pueblos libres debían resistir los intentos de dominación de minorías armadas o de fuerzas externas", lo que justificaba una acción directa respaldada por Estados Unidos. Con el Plan Marshall, Estados Unidos "puso fin a la tentación histórica de arreglarse solos, comprometiendo a Estados Unidos en la configuración permanente de un nuevo orden internacional". Es esta una demostración directa de la Doctrina Truman, enfocada en la restauración económica de Europa a partir de ayudas e intervención estadounidense. La OTAN, Organización del Tratado del Atlántico Norte, fue la piedra angular del nuevo orden internacional. "Las naciones que integraban la OTAN aportaron algunas fuerzas militares, pero más como un boleto de admisión para quedar al abrigo del armamento nuclear americano que como instrumento de defensa local. Lo que Estados Unidos construyó en la era Truman fue una garantía unilateral en forma de alianza tradicional". Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", 320-324.
[32]En 1948 Stalin ordenó el bloqueo de Berlín, impidiendo el acceso terrestre a los sectores occidentales de la ciudad con el fin de forzar la retirada aliada. Sin embargo, la respuesta de Estados Unidos y sus aliados, el cé-

En paralelo a esto, Pettinà propone que esta primera etapa fue, para América Latina, una "reubicación político-económica dentro del nuevo sistema internacional"[33]. Este proceso implicó una intervención cada vez más agresiva de Estados Unidos sobre las políticas desarrollistas de carácter proteccionista que venían consolidándose en el subcontinente, impulsando en su lugar la liberalización y privatización de las economías nacionales[34]. A ello se sumó la escasa asistencia financiera, justificada por el viraje de la Política del Buen Vecino (Franklin D. Roosevelt) hacia un enfoque de *trade, not aid* (Dwight D. Eisenhower), lo que intensificó las tensiones regionales. Estas fricciones se agudizaron con la intervención estadounidense en Guatemala, que culminó con el derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz en 1954. Esta fase concluyó en 1959, con la caída del dictador Fulgencio Batista a manos del Movimiento 26 de Julio, liderado por Fidel Castro, lo que marcó el inicio de una nueva etapa[35]. La Revolución Cubana obligó a los Estados Unidos a prestar más atención a la sociedad latinoamericana como un todo, y no solo a las élites económicas, políticas y militares, integrando al continente plenamente en la lógica del conflicto bipolar[36].

Tras la derrota japonesa en 1945, el destino de Corea quedó definido por el nuevo equilibrio entre las potencias vencedoras. En la Conferencia de Potsdam, previa a la rendición de Japón, se acordó la ocupación del país por las fuerzas aliadas, un gobierno militar al norte y otro, estadounidense, al sur del paralelo 38, frontera provisional entre ambos sistemas. Como explica Halberstam, "el 25 de junio de 1950, alrededor de siete divisiones de élite del *Inmin-gun* norcoreano, muchos de cuyos soldados habían combatido en el bando comunista durante la guerra civil china, cruzaron la línea de demarcación establecida en el paralelo 38 entre las dos Coreas con la intención de conquistar todo el sur en tres semanas"[37]. Este conflicto fue el resultado de un "entrecruzamiento entre las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial y las dinámicas históricas de la península"[38],

lebre puente aéreo de Berlín, simbolizó la determinación occidental de mantener su influencia en Europa. Como contrapeso al Plan Marshall y al sistema capitalista, la Unión Soviética creó en 1949 el COMECON (Consejo de Ayuda Mutua Económica), una estructura de cooperación económica entre los países socialistas. Años más tarde, en 1955, la fundación del Pacto de Varsovia consolidó la dimensión militar del bloque comunista, presentándose como una alianza defensiva frente a la OTAN. Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", 320-324.

[33]Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría*, 58.

[34]"Al igual que los populismos que los habían precedido y que en todas partes pujaban por imponerse, también fundaban el desarrollo sobre la base de la industria, el papel motor del estado y la protección y expansión del mercado interno. No obstante, a diferencia de aquellos, que habían hecho de la distribución de la riqueza el foco de la propia ideología, al punto de sacrificar a veces la sustentabilidad económica, el desarrollismo inscribía su principal objetivo político y fuente de su legitimidad en el desarrollo, dejando de lado la típica sumisión populista de la economía a la política y profesando la virtud de la tecnocracia". Loris Zanatta, "Los años sesenta y setenta. El ciclo revolucionario", en *Historia de América Latina: De la colonia al siglo XXI* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2012), 172.

[35]Esta segunda fase es abordada por el historiador italiano Loris Zanatta desde una doble dimensión: por un lado, el ciclo revolucionario dominante durante la década de 1960; por otro, la reacción contrarrevolucionaria, encabezada por el ascenso de regímenes militares en la década siguiente. En Zanatta, "Los años sesenta y setenta. El ciclo revolucionario", 187.

[36]Michael LaRosa y Germán Mejía, "Colombia y el mundo", en *Historia concisa de Colombia (1810–2013)* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2014), 206.

[37]David Halberstam, *La guerra olvidada: Historia de la guerra de Corea* (Barcelona: Crítica, 2009), 6.

[38]Gina León, "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", 156.

un vacío de poder en una zona geopolítica crítica que permitía la vigilancia de Japón y China, naciones determinantes dentro del continente asiático.

Incapaces de coordinar un gobierno provisional para todo el territorio, como había propuesto la ONU en 1946, las dos potencias terminaron consolidando administraciones separadas que respondían a sus propios intereses ideológicos. Las negociaciones bilaterales fracasaron ante la creciente desconfianza mutua y la falta de consenso sobre un modelo de Estado común. En el norte, la presencia soviética impulsó la organización de comités populares y el fortalecimiento del Ejército Popular Coreano; mientras tanto, en el sur, la administración militar estadounidense apoyó estructuras políticas anticomunistas y un sistema de elecciones supervisadas por la ONU. En 1948, el nacionalista Syngman Rhee fue elegido presidente en Corea del Sur con el respaldo de Estados Unidos, mientras Kim Il-sung proclamó la independencia en el norte con apoyo soviético. Dos años más tarde, el ataque de 1950 tomó "por sorpresa a Truman", quien lo interpretó como un "clásico caso de agresión soviético-china según el modelo de los desafíos alemanes y japoneses anteriores a la Segunda Guerra Mundial"[39]. Con el fin de evitar la imagen de una intervención unilateral, Estados Unidos convocó al Consejo de Seguridad de la ONU y a los países aliados para conformar una unión de fuerzas armadas[40].

Para el exsecretario de Estado y exconsejero de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, Henry Kissinger, en su obra *Orden mundial*, la invasión a Corea fue promovida por la Unión Soviética con el propósito de distraer a China mediante una crisis en sus fronteras, creando así un contrapeso en Asia y desviando la atención y los recursos de Estados Unidos de Europa hacia el continente asiático. A partir de este conflicto, surgió el debate en torno a la política de contención de Harry S. Truman: si debía limitarse a impedir el avance enemigo mediante la contención y la diplomacia, propiciando la adhesión gradual de los países al bloque capitalista, o si, por el contrario, debía buscar la victoria total sobre "la agresión comunista" utilizando todos los medios necesarios, argumento heredado de las intervenciones estadounidenses previas[41].

Con el Acuerdo de Paz de Panmunjom (1953) se puso fin, al menos temporalmente, a tres años de una guerra sin vencedores absolutos. El resultado fue un empate estratégico, en el que cada potencia alcanzó solo parte de sus objetivos. Estados Unidos, pese a las críticas, sostuvo la doctrina de contención y preservó la integridad de Corea del Sur, que con el tiempo se transformaría en un actor clave de Asia. China, por su parte, consolidó su papel como potencia regional, demostrando su disposición a defender sus fronteras y su autonomía frente a Occidente. Para la Unión Soviética, aunque había alentado la ofensiva inicial y abastecido a sus aliados, la guerra dejó tensiones con Pekín: "las semillas de la escisión

[39]Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", 330.

[40]Si bien no existía una directriz explícita de los EE. UU. para unirse a la guerra ya que era un llamado voluntario, sí se evidenciaron algunas presiones diplomáticas, como la expresada por el secretario de Defensa Luis Jonson: "no se darán armas a los países que permanezcan neutrales frente al comunismo". Skladowska, Los nombres de la patria en la guerra de Corea, 26.

[41]Esta última fue defendida por el Comandante supremo de las Potencias Aliadas Douglas MacArthur, siendo destituido por Truman el 11 de abril de 1951, al "haber hecho declaraciones que contradecían las políticas de la administración". Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", 336.

sino-soviética fueron sembradas en la guerra de Corea"[42], cuando Moscú exigió pagos por su ayuda y China se negó, argumentando que la asistencia en combate soviética fue menor a la esperada. En definitiva, ninguno de los bandos obtuvo una victoria decisiva. Mientras China perdió la oportunidad de unificar Taiwán, Estados Unidos vio debilitado el aura de invencibilidad que conservaba desde la Segunda Guerra Mundial, y la península coreana permaneció dividida, convertida en un símbolo duradero de la confrontación bipolar del siglo XX.

La prensa en la guerra de Corea

Desde el inicio de la guerra de Corea, en junio de 1950, la prensa se convirtió en un actor relevante para moldear la percepción del conflicto, tanto en el frente como en las sociedades que lo observaban desde lejos. Los medios desempeñaron una función de legitimación política, difundiendo la idea de que la intervención internacional representaba la defensa del "mundo libre" frente a la expansión comunista. Como explica Schulze Schneider, la prensa se consolidó como instrumento de información y persuasión, buscando mantener la cohesión del bloque occidental y garantizar la adhesión de la opinión pública a las políticas exteriores de sus gobiernos[43]. A través de una narrativa moralizante, el conflicto fue presentado como una cruzada de la democracia contra el totalitarismo, de la civilización frente a la barbarie, del bien contra el mal.

El funcionamiento de la cobertura informativa estuvo condicionado por la censura militar, la dependencia de fuentes oficiales y las limitaciones de la infraestructura comunicativa disponible en la península. Los corresponsales trabajaban bajo supervisión constante del mando militar de la ONU, que regulaba el acceso al frente, depuraba las imágenes y seleccionaba la información enviada a Tokio bajo la doctrina de "subordinar la libertad de información por lo que consideraban seguridad nacional en tiempo de guerra"[44]. Dicha ciudad, convertida en el centro operativo de la ONU en Asia tras la Segunda Guerra Mundial, era el punto desde el cual se difundía toda la información sobre Corea: "No había otra forma de sacar noticias de Corea, salvo la de llevarlas personalmente a Tokio"[45], lo que la convirtió en el principal filtro que debían superar los corresponsales. Este esquema de control resulta fundamental para el estudio que aquí se propone, pues fue a través de esos mecanismos que la información sobre el conflicto llegó rápidamente a Colombia, incluso antes del envío de tropas o del desplazamiento de corresponsales nacionales. La prensa colombiana, por tanto, no sólo recibió, sino que reinterpretó narrativas internacionales moldeadas por las agencias y medios extranjeros, adaptándolas a las circunstancias nacionales y al lenguaje local.

¿Por qué se envió el Batallón Colombia?

A partir de 1946, Colombia se adentró en una etapa política conocida como neoconservadurismo, bajo los gobiernos de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), Laureano Gómez (1950-1953), Roberto Urdaneta Arbeláez (1951-1953, encargado por los problemas de salud de Gómez) y el general Gustavo Rojas Pinilla

[42]Henry Kissinger, "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", 337.
[43]Ingrid Schulze Schneider, "Información y propaganda anglo-americana en la guerra de Corea", *Revista Comunicación* 1, no. 5 (2009): 22.
[44]Schulze, "Información y propaganda anglo-americana en la guerra de Corea", 23.
[45]Schulze, "Información y propaganda anglo-americana en la guerra de Corea", 23.

(1953-1957). Este período se caracterizó por una profunda alteración de los procesos democratizadores, evidenciada en medidas como el cierre del Congreso (noviembre de 1949) y la prolongación de los estados de sitio, además del creciente protagonismo que se otorgó al sector militar en la vida política nacional[46].

Los enfrentamientos entre los partidos Liberal y Conservador expresaban visiones contrapuestas del país. Mientras el primero había defendido un modelo de Estado interventor durante la República Liberal, más progresista y cercano a las izquierdas con políticas como la Revolución en Marcha[47], el segundo, con una visión tradicional de la propiedad sobre la tierra, y estrechamente vinculado al sector militar y a la Iglesia católica, abogaba por un modelo de libre mercado. Esta política interna se desarrollaba en el marco de una compleja relación con Estados Unidos, consolidada a lo largo de varias décadas. Las élites colombianas se debatían entre "la crítica tímida al imperialismo agresivo estadounidense y la gradual aceptación de las políticas amigables del *respice polum*"[48], doctrina instaurada durante el gobierno de Marco Fidel Suárez (1918-1921) e impulsada por la llamada "danza de los millones" (1923-1931), período marcado por el alto precio del café, los 25 millones de dólares recibidos como indemnización por Panamá y la expansión de las inversiones y préstamos estadounidenses. Esta influencia norteamericana persistió y se profundizó con el tiempo, pues "incluso sin aplicar presiones de manera abierta sobre un gobierno latinoamericano, los Estados Unidos siempre ejercen cierta dosis de coacción indirecta, simplemente con sus decisiones en materia de ayuda y comercio, que afectan necesariamente el bienestar de América Latina"[49].

Para 1950, año que compete a esta investigación, Colombia se encontraba inmersa en un escenario interno profundamente convulso. Si bien la violencia ha sido una de las constantes históricas en el territorio nacional, entre el ascenso de los gobiernos neoconservadores y la creación del Frente Nacional en 1958 se observa un período de recrudecimiento de las tensiones y enfrentamientos partidistas, enmarcado en una etapa conocida como La Violencia. Daniel Pécaut la define como "una yuxtaposición de violencias irreductibles", lo que impide entenderla como una guerra civil en sentido clásico, ya que "no existe un frente de batalla, ni una coordinación, ni tampoco una visión militar orientada hacia la conquista del poder"[50]. En este contexto, se trató de un entramado de conflictos locales, incluso personales, en el que las lealtades partidistas ofrecían un marco simbólico capaz de otorgar sentido a la vida social.

[46]Gina León, "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", 151-152.
[47]La Revolución en Marcha fue el programa de reformas propuesto por Alfonso López Pumarejo tras asumir la presidencia en 1934, en un contexto de crisis política y social. Según Daniel Pécaut, el advenimiento liberal representó "una nueva oportunidad que se ofrece a la modernización y a la prosecución de su marcha hacia adelante", en la que "el Estado se constituye en representante de la unidad nacional y el pueblo se convierte en su contrapartida", transformando la democracia oligárquica en una forma más participativa. En términos generales, el proyecto buscaba modernizar el Estado y la sociedad colombiana mediante reformas agrarias, educativas y laborales orientadas a incorporar a los sectores populares en la vida nacional. Daniel Pécaut, Orden y violencia: Colombia 1930–1953 (Bogotá: Editorial Norma, 2001), 119–120.
[48]Liliana Obregón, "Colombia en la Guerra Fría: entre movimientos antiimperialistas y Estados anticomunistas", 147.
[49]David Bushnell, *Colombia, una nación a pesar de sí misma* (Bogotá: Editorial Planeta, 1994), 289.
[50]Pécaut, *Orden y Violencia,* 505.

Las periferias, debido a la ausencia estatal, fueron los espacios que más sufrieron. El campesinado, víctima directa de la ausencia estatal, quedó expuesto a "un terror proteiforme que provocó una migración forzosa hacia las cabeceras municipales"[51], fenómeno que se agudizó tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, "jefe indiscutible del obrerismo"[52]. Su figura otorgó visibilidad y fuerza política a una clase trabajadora hasta entonces débil y dispersa, pero que, en un contexto de progresiva industrialización, comenzó a adquirir mayor relevancia social. Este proceso introdujo un cambio profundo en la dinámica política nacional, ya no se trataba solo de la disputa entre élites liberales y conservadoras, sino también de un enfrentamiento entre el pueblo y las élites, la dimensión vertical de la lucha social[53].

Entonces, como observa David Bushnell, resulta llamativo que "cuando el país estaba atrapado en una virtual guerra civil, sus hombres estuvieran combatiendo en Corea, teniendo en cuenta que ningún otro país latinoamericano hacía lo mismo"[54]. En este sentido, el envío del Batallón Colombia puede interpretarse como un gesto de alineamiento diplomático, una declaración de fidelidad hacia el bloque occidental[55] y una manera de liberar la presión interna más que como una acción militar de gran impacto estratégico[56]. Sobre ello, Saúl Mauricio Rodríguez señala que "Colombia ayudaba a legitimar la intervención norteamericana, pues mal que bien, y sin demeritar las acciones de las Fuerzas Militares colombianas, su incidencia en combate era insignificante, pues con ellas o sin ellas la conducción operacional de la guerra no se hubiera visto afectada directamente; su valor era primordialmente político y diplomático"[57]. De este modo, la participación colombiana en el conflicto representó una oportunidad para fortalecer el sentimiento nacionalista y reafirmar la narrativa del "mundo libre" frente al comunismo en un tiempo de profunda crisis interna[58].

[51] Pécaut, *Orden y Violencia*, 580.
[52] William Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular* (Medellín: Ediciones Universidad EAFIT, 2013), 252.
[53] Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*, 254.
[54] Bushnell, *Colombia, una nación a pesar de sí misma*, 288.
[55] Desde finales del siglo XIX, con la doctrina Monroe de "América para los americanos", Estados Unidos buscó consolidar un bloque hemisférico en América Latina, propósito que dio origen al panamericanismo. Este movimiento, impulsado a través de sucesivas Conferencias Panamericanas, buscaba fortalecer la cooperación política y la seguridad colectiva del continente bajo la influencia de Washington. De ese proceso surgió la Organización de los Estados Americanos (OEA), uno de los principales resultados institucionales del panamericanismo y expresión concreta de su ideal integrador. Su creación se formalizó en la IX Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá entre el 30 de marzo y el 2 de mayo de 1948, en medio de la crisis social provocada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, hecho que reforzó los discursos sobre el "enemigo interno" comunista. Durante la conferencia, el liberal Alberto Lleras Camargo, secretario general de la organización, redactó la Resolución XXXII, "Declaración para la defensa y preservación de la democracia en América", que declaró al comunismo "incompatible con la libertad americana" por su carácter antidemocrático e intervencionista, legitimando así la adopción de medidas para desarraigar sus actividades. En el mismo contexto, el Departamento de Estado estadounidense emitió el documento PPS-25, donde identificaba al comunismo como "herramienta del Kremlin" y amenaza para la seguridad hemisférica. Liliana Obregón, "Colombia en la Guerra Fría: entre movimientos antiimperialistas y Estados anticomunistas", 149-153.
[56] En Colombia, el presidente Mariano Ospina Pérez envió un mensaje al presidente Truman con el que buscaba: En nombre del gobierno y el pueblo de Colombia hacer presente que está dispuesto a colaborar con el gobierno de los Estados Unidos en la forma en que los acontecimientos internacionales hagan necesaria para el eficaz cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad y el rechazo a la injusta agresión de que ha sido víctima la República de Corea. En "Mensaje a Truman", *El Tiempo*, 30 de junio de 1950.
[57] Rodríguez, "¡Las fuerzas voluntarias chinas, dicen a las tropas colombianas: bienvenidas al frente de batalla! Colombia en la guerra de Corea (1950-1953)", 106.
58 Gina León, "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", 159.

Como bien plantea Eduardo Sáenz, Laureano Gómez, presidente en el momento del envío de tropas a Corea, evidenció con esta decisión la primacía del pragmatismo político sobre la ideología[59]. Un hombre influenciado por el fascismo alemán y el falangismo franquista, que había sostenido posiciones antinorteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial justificadas en su crítica a Roosevelt por la separación de Panamá, su antiliberalismo y su ultracatolicismo opuesto al protestantismo estadounidense[60]. Lo que Gómez buscaba era borrar la mala impresión que su actitud anterior había dejado en Washington y garantizar un flujo constante de ayuda económica y militar[61], "una estrategia de pragmatismo, casi de supervivencia política, y no simples motivaciones ideológicas"[62]. Aunque su pensamiento seguía siendo católico, antiliberal y nacionalista, las realidades de la Guerra Fría lo llevaron a redefinir sus vínculos con Estados Unidos, encontrando en el anticomunismo su discurso en común[63].

Por último, cabe destacar que, en un momento en que el Ejército colombiano había adquirido un protagonismo político mayor, su participación en la guerra impulsó una modernización institucional y un estrechamiento de vínculos con las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Como explica Catherine León: "el ejército colombiano que se conoció en la segunda mitad del siglo XX fue, en buena medida, el resultado de la experiencia de Corea junto al ejército de los Estados Unidos"[64]. Este intercambio técnico y doctrinario fortaleció la profesionalización militar y consolidó una visión anticomunista que influiría decisivamente en la política de defensa interna durante las siguientes décadas.

La Violencia en Medellín

Con el objetivo de indagar en el contexto de Antioquia entre 1946 y 1953, se seleccionó *A sangre y fuego* de Mary Roldán, obra que ofrece una lectura novedosa del período de la Violencia en la región al demostrar la heterogeneidad del conflicto. Aunque algunos de sus datos estadísticos pueden estar infrarrepresentados, su análisis sobre la influencia partidista en Antioquia resulta valioso al revelar una tensión constante entre dos proyectos de Estado, el central y el departamental.

La autora expone:

> Donde el Estado departamental era fuerte y gozaba de legitimidad, la violencia partidista nunca amenazó el *statu quo* y se evitó o resolvió de maneras no violentas. Donde la relación entre el Estado departamental y la ciudadanía local fuera hostil e intermitente, las redes del clientelismo

[59]"La sociedad occidental y Colombia están en crisis. Esta crisis viene desde el siglo XVI como resultado de la Reforma Protestante y se agravó con las ideas de la Ilustración y la Revolución Francesa. La Iglesia Católica es la salvación del hombre moderno y el catolicismo es el único medio capaz de crear armonía en la sociedad. Colombia es un pueblo profundamente católico. Colombia es heredera de una gran herencia cultural de la España imperial de los Habsburgos. Los colombianos contrarios a estas creencias están equivocados, son enemigos de la patria y reflejan la misma crisis de valores que afecta a Occidente en general". La ideología de Laureano según Sáenz, "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo", 42-43.
[60]Sáenz, "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo", 45-50.
[61]Bushnell, *Colombia, una nación a pesar de sí misma,* 289.
[62]Sáenz, "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo", 45.
[63]En su posesión el 7 de agosto de 1950, Gómez proclamó su "respaldo firme e incondicional a los Estados Unidos" y elogió su "heroico esfuerzo para salvar la civilización", confirmando así el viraje diplomático de su gobierno. The Chicago Tribune, 8 de agosto 1950. En Sáenz, "Laureano Gómez, entre la ideología y el pragmatismo", 50.
[64]Gina León, "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", 163.

partidista y el proyecto de un Estado central chocaron contra el clientelismo suprapartidista y el proyecto de gobierno regional, provocando así una violenta conflagración que impidió cualquier mediación[65].

Cuestionando la explicación tradicional de la Violencia, Roldán plantea que las zonas con presencia efectiva del Estado departamental, particularmente el área central de la región, no se vieron principalmente afectadas por disputas partidistas derivadas del clientelismo del Estado central. En su lugar, estas zonas buscaron preservar el orden, garantizado mediante un suprapartidismo controlado por las élites locales. Este sistema, aunque limitaba la participación política, ofrecía cierta estabilidad y protección a los individuos[66]. El panorama evidenciado revela que la violencia en Medellín no puede entenderse únicamente como una lucha partidista, sino como el resultado de una compleja red de tensiones que configuraron la vida cotidiana durante la segunda mitad del siglo XX.

Los gobiernos conservadores de Medellín ejercieron una violencia de carácter oficial por medio de una policía modernizada después del Bogotazo, la cual hacía uso de técnicas de control como la batida o la requisa, un condicionamiento del espacio y de los movimientos de los cuerpos de los ciudadanos, una continua sospecha que justificaba la vigilancia de los individuos[67]. El conservatismo antioqueño, fuertemente aliado de la Iglesia, consolidó su autoridad en torno al discurso de la moral cristiana y el anticomunismo, configurando un orden político basado en la obediencia y la defensa del *statu quo.* Por su parte, los liberales antioqueños experimentaron una progresiva marginación del escenario político y una fragmentación interna que debilitó su capacidad de oposición[68].

---

[65]Roldán, *A sangre y fuego*, 27.

[66]*El Diario* describe estas tensiones señalando que el Estado departamental estaba estrechamente ligado al poder central, atravesado por disputas internas sobre descentralización y regionalismo. El periódico afirma que "el desequilibrio nace de poner la acción oficial al servicio de una oligarquía vinculada a los directores ocasionales del gobierno" y critica que algunos "levantan la descentralización como un pendón lugareño, como una bandera regionalista". En el plano local, denuncia además que este entramado político favorecía a los "mimados alcaldes del gobernador de Antioquia", quienes incluso "invaden la jurisdicción del señor Bernal Restrepo" y protagonizan escándalos como el del alcalde de Santo Domingo, que "hizo tiros, no quiso pagar el taxi y fue detenido" Aciertos y desplantes", El Diario (Medellín), 24 de junio de 1950, 4.

[67]Pese a que el foco principal de las protestas fue Bogotá, en Medellín se paralizó el comercio y se registraron enfrentamientos en distintos barrios, entre ellos Manrique, Boston y Coltejer. Fueron atacados el Palacio de Calibío y el Palacio Municipal. Ocurrieron incendios y saqueos, e incluso las sedes de diferentes periódicos fueron agredidas: El Colombiano "estuvo hasta el amanecer bajo control popular" y La Defensa "fue destruido". El caos urbano, sumado a la violencia en la periferia, motivó la modernización del ejército local, lo cual impulsó la construcción de la Escuela de Policía Marcelino Vélez en 1952 —un espacio de especialización de las fuerzas que reemplazaría a la Escuela General Santander de Bogotá— junto con la incorporación de radiopatrullas, modernos uniformes fabricados en Estados Unidos, motorización y vehículos Mack. Para más información Cruz Elena Espinal, "El lenguaje de la violencia. La prensa escrita, los partidos y la Iglesia. Medellín, 1950", Co-herencia 1, no. 1 (julio–diciembre 2004): 108.

[68]Esta marginación se reflejaba también en el discurso conservador, donde *La Defensa* caracterizaba al liberalismo como una "secta masónica y por ende anticristiana dispuesta en todo momento a subvertir los más caros principios republicanos que rigen nuestra magna Carta fundamental" ("El partido liberal ha desaparecido", La Defensa (Medellín), 24 de junio de 1950, 5), y denunciaba a la prensa liberal como una "máquina de difamación contra Colombia" (Tema Nacional ¿Colaboración con quién?", La Defensa (Medellín), 4 de julio de 1950, 4).

Su supervivencia dependía, en muchos casos, de la negociación con redes clientelares conservadoras o del repliegue hacia espacios locales de relativa tolerancia[69].

No obstante, el liberalismo mantuvo una presencia significativa en los sectores sindicales y universitarios. En un contexto de acelerada industrialización y crecimiento urbano por los desplazamientos desde el campo, estos espacios se convirtieron en plataformas de organización y resistencia. Los liberales promovieron comisiones de defensa sindical, así como comités universitarios dedicados a instruir y censar tanto trabajadores como estudiantes, "de esta forma se buscaba divulgación ideológica y cultural entre las masas"[70]. Aunque los conservadores también impulsaron iniciativas semejantes (como la creación de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) en 1946 para contrarrestar la influencia liberal de la CTC), el sindicalismo representó para los liberales una de sus pocas formas de agencia política en un período de cierre institucional[71]. Se puede abordar a Medellín como un espacio de violencia generalizada, entendida como aquella "que atravesó la lógica de hacer política, religión y moral, y por ende incidió en las acciones cotidianas de los habitantes"[72], más allá de los hechos violentos particulares. En este sentido, la prensa se convirtió en ese lugar de destrucción verbal del adversario a través de la difamación y la afirmación de la identidad; una violencia que penetró la cultura política de la ciudad. Esa identidad se manifestó con la pertenencia a un partido, concepto que opera desde la lógica de inclusión/exclusión, generando una mediación simbólica de la realidad. Estos procesos de identificación en Medellín se hicieron a través del lenguaje de la violencia, la constitución de un "nosotros" y "otros". En un ambiente de crisis del proyecto liberal y durante un momento de tensión constante entre partidos, la construcción del enemigo se convirtió en parte fundamental de la identificación partidista.

Análisis y resultados

El estudio comparativo de los periódicos seleccionados muestra profundas divergencias ideológicas, así como ataques y descalificaciones en el ámbito sociopolítico local y nacional. Sin embargo, ambos coincidieron en su respaldo a los Estados Unidos durante la etapa inicial de la guerra de Corea, aunque cada uno justificó ese apoyo recurriendo a la difamación del adversario.

Siguiendo la propuesta de Teun van Djik, el discurso se concibe como práctica social e instrumento de poder, "el control no solo se ejerce sobre el discurso entendido como práctica social, sino también sobre las mentes de los sujetos controlados, es decir, sobre su conocimiento, opiniones, actitudes e ideologías". En esa lógica, los periódicos no se limitaron a reflejar los acontecimientos, sino que participaron activamente en su construcción, pues "quienes controlan el discurso pueden controlar indirectamente las mentes de la gente"[73]. Así, esta perspectiva permite comprender el lenguaje en su doble dimensión,

[69]Espinal, "El lenguaje de la violencia", 114.
[70]Espinal, "El lenguaje de la violencia", 115.
[71]"Ni el gobierno conservador ni los patronos se preocupaban si la UTC conquistaba beneficios por sus afiliados; sólo les interesaba demostrar que la nueva entidad, y no la CTC, había encontrado el enfoque correcto de los problemas laborales". En David Bushnell, Colombia, una nación a pesar de sí misma, 287.
[72]Espinal, "El lenguaje de la violencia", 114.
[73]Van Dijk, *Discurso y Poder*, 30.

como reproductor de la realidad, en tanto la describe, y como productor de ella, ya que la narración no se limita a reproducir los hechos, sino que articula las acciones humanas en el tiempo, otorgando coherencia a lo fragmentario del acontecer[74].

La legitimación del liderazgo estadounidense se sustentó, en un primer momento, en la defensa del bloque occidental frente al oriental, bajo la clásica oposición entre civilización y barbarie que caracterizó la Guerra Fría. Sobre ello, *El Diario* afirmaba: "Ahora, las tropas de la Corea del Norte invaden el territorio de Corea del Sur y la gravedad del caso consiste en que la creación de aquella proviene de Moscú y la protección de ésta depende de Washington y constituye precisamente el problema con que hoy se encara el mundo occidental"[75]. En la misma línea, *La Defensa* describía el conflicto coreano como una "nueva situación que afronta ahora el mundo occidental" y sostenía que "el comunismo no se ha desviado en lo más mínimo de sus planes de extender su control sobre grandes regiones del mundo"[76]. Incluso *El Obrero Católico* señalaba: "El sábado pasado, el mundo se sobrecogió del pánico ante la noticia de que los comunistas del norte de Corea habían invadido intempestivamente la República de Corea, que fue establecida con el apoyo de los norteamericanos"[77].

Con el fin de articular narrativamente este tipo de juicios, la prensa recurrió a la polarización semántica, estrategia discursiva que organiza el sentido a partir de oposiciones binarias que funcionan como marcos morales para clasificar a los actores y orientar la lectura del conflicto. De este modo, el mundo aparece dividido entre un "nosotros" positivo y un "ellos" negativo. De dicha polarización emergen los discursos de amenaza y heroísmo, el temor a la expansión comunista como fuerza destructora del "mundo civilizado" y la exaltación de la intervención norteamericana como empresa salvadora. A partir de esta configuración del mundo por medio del lenguaje, la prensa atribuyó la responsabilidad última del conflicto a la Unión Soviética y al comunismo internacional, en una operación de enmarcación causal que estableció un eje claro de culpa y absolución. Mientras la URSS se presentaba como origen del peligro, Estados Unidos encarnaba la respuesta legítima y necesaria, trasladando la culpa a un enemigo común y reforzando así la legitimidad del aliado occidental.

Se hace evidente que, incluso en el ámbito local, existía una marcada preocupación en la opinión pública por el posible estallido de una tercera conflagración mundial, consecuencia del trauma dejado por la recién concluida Segunda Guerra Mundial. La prensa expresaba con claridad el temor a una nueva catástrofe global, donde el comunismo aparecía como una amenaza universal que, de no ser contenida, derivaría en una tragedia para la humanidad. En esa línea, *El Diario* advertía: "Terminada la guerra, el mundo no ha tenido en realidad un solo minuto de paz. Rusia comenzó inmediatamente a prepararse para la tercera conflagración mundial"[78]. A esto se sumaba La Defensa, al afirmar que "la agresión comunista en el Lejano Oriente amenaza con arrastrar a todas las naciones a una catástrofe de

[74]Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico* (México: Siglo XXI Editores, 1995), 123.
[75]Luis de Zulueta, "La península de Marte", *El Diario* (Medellín), 4 de julio de 1950, 7.
[76]"Repeler el ataque armado. Burla a la paz, el ataque a Corea", *La Defensa* (Medellín), 28 de junio de 1950, 1.
[77]"Comenzó otra guerra", *El Obrero Católico* (Medellín), 24 de junio de 1950, 1.
[78]"La encrucijada", *El Diario* (Medellín), 28 de junio de 1950, 1.

proporciones mundiales"[79]. Finalmente, El Tiempo reforzaba este clima de incertidumbre al preguntarse retóricamente: "¿Serán estos los primeros disparos de la tercera guerra mundial?"[80].

Estas formas de narrar el conflicto se evidencian también en la representación de Harry Truman y su doctrina de contención del comunismo. En su figura se concentra la del héroe que asume la responsabilidad de proteger la civilización, un sujeto investido con el derecho de enunciar la verdad política, mientras otros quedan relegados al silencio o la sospecha. Se configura así una modalidad de autoridad donde el discurso obtiene legitimidad no por su coherencia, sino por la posición de quien lo pronuncia. En términos foucaultianos, se establece una separación entre quienes poseen el poder de decretar discursos verdaderos y aquellos que no; es decir, "aquéllos a los que se tiene respeto y terror, aquéllos a los que es necesario someterse porque reinan, el discurso pronunciado por quienes tienen el derecho"[81].

Así, *El Diario* destacaba que "el presidente Truman declaró que los pueblos amantes de la libertad lucharán contra la agresión comunista donde quiera que ésta se produzca"[82], mientras *La Defensa* reforzaba esa legitimidad al afirmar que "Estados Unidos, liderado por Truman, está persiguiendo el inmediato y limitado objetivo de preservar la libertad y la independencia de Corea ante la invasión de los que calificó de bandidos comunistas"[83]. Pero los discursos alrededor del presidente estadounidense no se quedaron con esto. La voz de Truman se convirtió también en una forma de legitimar a los políticos nacionales: a quien nombrara y la forma en que lo hiciera lo hacía válido o inválido en la jerarquización del discurso. *El Obrero Católico* ilustra este fenómeno al reproducir con entusiasmo la respuesta de Truman al pronunciamiento de Mariano Ospina sobre el conflicto coreano el 30 de junio: "Permítame expresar a su excelencia el más profundo reconocimiento tanto del Gobierno como del pueblo de los Estados Unidos por las seguridades de respaldo de Colombia a los esfuerzos que realizan los Estados Unidos por intermedio de las Naciones Unidas en defensa de la paz mundial, de la democracia y del respeto por los tratados internacionales"[84].

De forma similar, la ONU es presentada como garante de la paz, una instancia supranacional que dicta el camino a seguir para las naciones libres. En la prensa colombiana, su mención no se limita a describir una institución mediadora, sino que opera como un dispositivo de legitimación del orden mundial liderado por Estados Unidos. Se evidencia así un mecanismo de modalización institucional, donde la autoridad del discurso proviene de una fuente reconocida que otorga verosimilitud.

En *El Obrero Católico*, por ejemplo, la ONU aparece como sujeto activo capaz de "aplicar las medidas previstas en la Carta de San Francisco", al determinar sanciones diplomáticas y acciones militares[85]. *El Diario* refuerza esa autoridad al afirmar que "la obligación de mantener la paz no podía

[79] "La lucha en el Lejano Oriente", *La Defensa* (Medellín), 1 de julio de 1950, 1.
[80] "La guerra de veras", *El Tiempo* (Bogotá), 26 de junio de 1950, 3.
[81] Michel Foucault, *El orden del discurso*, 9.
[82] "Último momento", *El Diario* (Medellín), 4 de julio de 1950, 1.
[83] "Bombardear a los rojos ordenó hoy MacArthur", *La Defensa* (Medellín), 30 de junio de 1950, 2.
[84] "Estados Unidos agradece al doctor Ospina Pérez", *El Obrero Católico* (Medellín), 8 de julio de 1950, 12.
[85] "Comenzó otra guerra", El Obrero Católico (Medellín), 24 de junio de 1950, 12.

pasar por alto a las Naciones Unidas y que ninguna violación a su Carta debía ser tolerada"[86]. A su vez, *La Defensa* reproduce la voz del Consejo de Seguridad al recomendar que "todos los miembros de las Naciones Unidas proporcionen a la República de Corea toda la ayuda que sea necesaria para repeler el ataque armado"[87].

Al nombrar y etiquetar a los actores del conflicto, los diarios trasladaron al escenario internacional los códigos discursivos de la política doméstica. Al referirse a los combatientes comunistas como "bandoleros", "guerrilleros", "agitadores" o "forajidos", la prensa empleó el mismo léxico con que en Colombia se describía a los opositores políticos durante los años de violencia partidista. Este proceso de transposición semántica convirtió la Guerra de Corea en una prolongación simbólica de la guerra interna, donde las categorías de enemigo, orden y subversión se resignificaron: un dispositivo de poder lingüístico bajo el cual se englobó en conceptos particulares al enemigo para su identificación.

A pesar de las amplias coincidencias en torno a la cuestión coreana, *La Defensa* centró su apoyo en una cruzada espiritual contra el comunismo ateo, concebido como una prolongación del combate local contra el liberalismo. *El Diario,* aunque compartía una matriz ideológica similar en aspectos como la defensa de la democracia, la justicia social dentro del orden occidental, la oposición al comunismo y la defensa del cristianismo se diferenciaba al priorizar un discurso de racionalidad y civilización por encima del moral. De esta manera, ambos periódicos coincidían en puntos que, en apariencia, los oponían. Tanto El Diario como La Defensa proyectaban una identidad religiosa y popular, pese a su insistencia en marcar distancia en esos mismos terrenos.

La Defensa no sólo adhiere al discurso del orden occidental, sino que lo traduce al lenguaje de la política doméstica, vinculando la amenaza externa con sus opositores nacionales. El comunismo aparece como una fuerza invisible que habría contaminado al liberalismo colombiano, tal como se expresa en la acusación: "Durante más de diez años el liberalismo estuvo entre nosotros unido con las fuerzas de Moscú, organizando frentes populares. No es que los liberales sean comunistas, sino algo más grave: están supeditados y manejados por ellos… aguiluchos stalineanos"[88]. De este modo, el periódico construye una narrativa de purificación ideológica, donde la política se concibe como defensa de la fe y de la nación frente a la infiltración del mal. Así, el conflicto coreano se convierte en metáfora del orden interno y en instrumento de legitimación para reafirmar la hegemonía conservadora bajo el ropaje de una causa espiritual y patriótica.

Por otro lado, aunque *El Diario* comparte con La Defensa el marco ideológico que presenta la guerra de Corea como defensa del orden occidental y del cristianismo, desplaza su énfasis hacia el discurso de la civilización. En sus páginas se declara: "Somos partidarios de la democracia, no sólo en principio teórico, sino en aplicación práctica de ello. Detestamos todo género de belicosidad que atente contra el statu quo de las naciones y de la soberanía de los pueblos libres del mundo"[89]. Al igual

[86] "Intervención de EE. UU. en la Guerra de Corea", *El Diario* (Medellín), 26 de junio de 1950, 8.
[87] "El texto de la resolución del Consejo de Seguridad sobre el ataque a Corea", *La Defensa* (Medellín), 30 de junio de 1950, 2.
[88] "Tema Nacional ¿Colaboración con quién?", *La Defensa* (Medellín), 4 de julio de 1950, 4.
[89] Hernando Jaramillo Arbeláez, "Colombia ante la guerra de Corea", *El Diario* (Medellín), 3 de julio de 1950, 2.

que *La Defensa,* acusa a su partido rival del quebranto de la moral cristiana, aunque desde otro enfoque; mientras los conservadores identifican al liberal con el comunista ateo, El Diario asocia esa desviación a la falta de respeto por los principios democráticos y por "las normas de la vida civilizada"[90]. Otro cambio significativo en su manera de presentar el conflicto radica en la figura del comunismo, que deja de ser solo una amenaza a la fe para convertirse en el enemigo de la racionalidad moral que sostiene la cultura occidental. En "La encrucijada", el periódico eleva ese enfrentamiento a la categoría de dilema histórico:

> Ojalá no sea ya la guerra mundial. La Tercera Guerra Mundial es la que ahora se libra en la península de Corea. Pero, si a cambio de que no lo sea, las democracias occidentales tuvieran que abandonar la presa en manos rusas, sería preferible que la, en apariencia inevitable, nueva conflagración universal comenzara de una vez y se resolviera por medio de las armas, agotados los otros medios, si la humanidad está condenada a vivir bajo la tiranía totalitaria del comunismo, luego de haber escapado del fascista a costa de tantos sacrificios; o si, por el contrario, la libertad prevalecerá al fin, definitivamente, sobre la faz de la Tierra[91].

En este escenario discursivo donde el conflicto coreano sirve como matriz para reorganizar sentidos políticos locales, la prensa aparece como un espacio de resistencia simbólica de los liberales ante la hegemonía neoconservadora. Aunque *El Diario* reproduce elementos del repertorio anticomunista compartido con sus adversarios, los reinscribe en clave crítica para denunciar el régimen departamental. De allí que afirme que "el conservatismo combate violentamente al partido liberal y lo injuria. Para ciertos escritores de los diarios conservadores el liberalismo merece ser declarado fuera de la ley y los periodistas liberales somos dignos del fusilamiento por la espalda"[92], señalando cómo el clima de polarización internacional se reflejaba y se intensificaba en la disputa partidista local. De este modo, El Diario no solo usa el discurso de la civilización occidental para condenar al comunismo, sino para cuestionar la forma en que el conservatismo, en nombre de esa misma civilización, clausuraba el pluralismo político y restringía las libertades democráticas.

Por último, resultan reveladores los titulares "Colombia ante la Guerra de Corea", de *El Diario*, y "¿Colaborar con quién?", de *La Defensa*. En ellos se evidencia que, desde las primeras fases del conflicto, ya se debatía la posibilidad de que Colombia enviara tropas, atendiendo al llamado del Consejo de Seguridad de la ONU. En ambos casos se defiende la necesidad de respaldar a los Estados Unidos; sin embargo, los periódicos aprovechan el tema para atacar a sus adversarios políticos y reafirmar su propia cercanía con el país del norte, disputando discursivamente la legitimidad de haber sido quienes promovieron la colaboración con él durante la Segunda Guerra Mundial.

El Diario afirma, en una lógica de "ellos contra nosotros", que "mientras el conservatismo, hoy partido del Gobierno, se declaraba, y se declara aún en múltiples formas, partidario del Estado gendarme representado fielmente en los recién fallidos regímenes de Hitler y Mussolini en Alemania e Italia y en el actual de Franco en España, nosotros nos pronunciamos en favor de los pueblos que valerosamente

[90] "La hora de la renuncia", *El Diario* (Medellín), 27 de junio de 1950, 4.
[91] "La encrucijada", *El Diario* (Medellín), 28 de junio de 1950, 1.
[92] "La política liberal", *El Diario* (Medellín), 24 de junio de 1950, 4.

resistieron la refriega motorizada de las dictaduras"[93]. Con ello busca resaltar el pasado reciente y la cercanía del presidente electo Laureano Gómez (quien asumiría la presidencia el 7 de agosto de 1950) con los regímenes fascistas, además de denunciar las acciones del presidente en ejercicio, Mariano Ospina, como consecuencia de esa relación. Un día después, *La Defensa* responde: "Desde el momento en que los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial, el Partido Conservador estuvo fervorosamente al lado suyo, en cumplimiento de sus deberes de solidaridad continental. *El Diario* carece de toda autoridad moral para insinuar siquiera esta tesis"[94].

Conclusiones

El análisis de los periódicos revela las dificultades de articular un conflicto global desde un escenario regional profundamente marcado por disputas políticas locales. Aunque cada medio exhibió diferencias ideológicas significativas y ataques mutuos propios del clima de confrontación partidista, todos coincidieron en un mismo marco interpretativo que legitimaba el liderazgo estadounidense, reforzando la lógica bipolar de la Guerra Fría. El conflicto coreano funcionó simultáneamente como espejo y catalizador de la realidad colombiana. Proyectó hacia el ámbito internacional tensiones internas ya existentes, ordenando su interpretación mediante la categoría de "amenaza comunista", dispositivo que organizó tanto la lectura de la política exterior como la definición del enemigo interno.

Esta dinámica estuvo directamente influenciada por el contexto nacional de La Violencia. El liberalismo había sido asociado por el conservatismo con subversión e irreligiosidad, y, en el clima de la Guerra Fría, esa asociación se reforzó con un componente internacional que dotó la acusación de una legitimidad supranacional. Sin embargo, incluso *El Diario,* pese a su identidad liberal, reprodujo buena parte del repertorio anticomunista, aunque lo resignificó como una herramienta para denunciar los comportamientos totalitarios del gobierno conservador y reivindicar el ideal democrático. En este escenario, la opinión pública se configuró como un espacio de resistencia simbólica para los liberales dentro de un entorno institucional dominado por el conservatismo.

Aunque la comparación con la prensa capitalina fue parcial debido a limitaciones de acceso a las fuentes, el contraste con *El Tiempo* evidencia una notable cercanía lingüística, retórica y discursiva con *El Diario*. Ello confirma que la prensa liberal, tanto en Bogotá como en Medellín, operó dentro de un marco interpretativo común, condicionado por el contexto global y por las tensiones del campo político nacional.

Los periódicos no sólo informaron: produjeron significados, jerarquizaron voces y participaron activamente en la construcción de imaginarios históricos. En conjunto, la prensa medellinense desempeñó un papel decisivo en la consolidación del consenso anticomunista que marcó el inicio de la Guerra Fría en América Latina. ¿Quién hubiera pensado que el eco de una guerra lejana fuera tan clave para reorganizar las fronteras lingüísticas del orden político y moral del país?

[93] Hernando Jaramillo Arbeláez, "Colombia ante la guerra de Corea", *El Diario* (Medellín), 3 de julio de 1950, 2.
[94] "Tema Nacional ¿Colaboración con quién?", *La Defensa* (Medellín), 4 de julio de 1950, 4.

Bibliografía

Arango Tobón, María Cristina. *Publicaciones periódicas en Antioquia 1814–1960: Del chibalete a la rotativa.* Medellín: Editorial EAFIT, 2024.

Bushnell, David. *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta, 1994.

Espinal, Cruz Elena. "El lenguaje de la violencia. La prensa escrita, los partidos, y la Iglesia. Medellín,1950". *Coherencia,* v.1, n. 1 (2004): 106-124.

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.

Green, William. *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*. Medellín: Ediciones Universidad EAFIT, 2013.

Halberstam, David. *La guerra olvidada. Historia de la Guerra de Corea*. Barcelona: Crítica, 2009.

Kissinger, Henry. "Estados Unidos, una superpotencia ambivalente", en *Orden mundial.* Madrid: Debate, 2016: 316-378.

LaRosa, Michael, y Germán Mejía. "Colombia y el mundo", en *Historia concisa de Colombia (1810-2013).* Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2014: 195-208.

León Cabrera, Gina Catherine. "Colombia en la guerra de Corea (1951-1954): en el entramado de tres guerras", en *Colombia Internacional*, n. 113 (2023): 145-167.

Obregón, Liliana. "Colombia en la Guerra Fría: entre movimientos antiimperialistas y Estados anticomunistas", en *Nuevos enfoques para el estudio de las relaciones internacionales de Colombia*, editado por Sebastián Bitar y Arlene Tickner. Bogotá: Ediciones Uniandes (2017): 145-166.

Pécaut, Daniel. *Orden y violencia.* Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2001.

Pettinà, Vanni. *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina.* Ciudad de México: El Colegio de México, 2018.

Quiroga Cubides, Sebastián. *Reinventar un héroe: Narrativas sobre los soldados rasos en la guerra de Corea.* Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2015.

Ribero, Fabio Andrés, Álvaro Velandia, Juan Fernando Rodríguez, Valentina Fonseca, Valeria Valero, María Rodríguez, y Manuela Ribero. *La guerra en los medios: Reconstrucción de la memoria histórica de los veteranos colombianos que participaron en la guerra de Corea*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2023.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico.* México: Siglo XXI Editores, 1995.

Roldán, Mary. *A sangre y fuego: La violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.

Rojas Gómez, Diego Nicolás, y Manuela, Zaldarriaga Zambrano. "La guerra de Corea en la prensa colombiana. Diario El Tiempo", en *La península de Corea y sus dinámicas en la seguridad internacional,* editado por Brandon René Barrientos y Jorge Espinel Bermúdez. Bogotá: Editorial ESDEG, 2023.

Rodríguez Hernández, Saúl Mauricio. "¡Las fuerzas voluntarias chinas, dicen a las tropas colombianas:

bienvenidas al frente de batalla! Colombia en la guerra de Corea (1950-1953)", en *Revista de Historia de América,* n. 134 (2004): 89-113.

Schulze Schneider, Ingrid. "Información y propaganda anglo-americana en la guerra de Corea". *Revista comunicación,* v. 1, n.6 (2008): 20-31.

Skladowska, Bárbara. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea, 1951-1953: ocaso de un mito.* Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007.

Van Dijk, Teun. *Discurso y poder*. Barcelona: Gedisa, 2009.

Zanatta, Loris. "Los años sesenta y setenta. El ciclo revolucionario", en *Historia de América Latina: De la colonia al siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2012: 161-208.

Fuentes primarias

El Diario. Abril-junio de 1950. Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT. Números 6007-6077.

El Diario. Julio-septiembre de 1950. Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT. Números 6078-6153.

El Obrero Católico. Enero-diciembre de 1950. Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT. Números 1222-1270.

El Tiempo. Junio-Agosto de 1950. Google Libros. https://books.google.com.co/books?id=JlIbAAAAIBAJ&hl=es&source=gbs_all_issues_r&cad=1&atm_aiy=1950#all_issues_anchor

La Defensa. Mayo-agosto de 1950. Sala de Patrimonio Documental de la Universidad EAFIT. Números 8384-8433.